llos, derramando en ellas abundante aceite, cuando al despuntar el alba empezó á mugir la tierra, retemblaron las selvas y grandes aullidos de perros en las sombras anunciaron la llegada de la diosa.—¡Léjos, léjos de aquí, profanos! *(Procul, o procul este, profani)* clama la profetisa; salid de esta selva, y tú, Eneas, echa á andar y desenvaina la espada. Esta es la ocasion de mostrar entereza y valor.—Dicho esto, se entró por la caverna adentro, y Eneas la siguió con intrépidos pasos.

«¡Oh dioses que ejerceis el imperio de las almas, calladas sombras, Caos y Flegetonte! ¡Oh vastas moradas de la noche y del silencio! séame lícito narrar las cosas que he oido, consiéntame vuestro númen descubrir los arcanos del abismo y de las tinieblas.

«Solos iban en la nocturna oscuridad, cruzando los desiertos y mústios reinos de Dite, cual caminantes en espesa selva á la incierta claridad de la luna cuando Júpiter cubre de sombra el firmamento y la negra noche roba sus colores á todas las cosas. En el mismo vestíbulo y en las primeras gargantas del Orco tienen sus guaridas el Dolor y los vengadores Afanes: allí moran tambien las pálidas Enfermedades, y la triste Vejez, y el Miedo, y el Hambre, mala consejera, y la horrible Pobreza, figuras espantosas, y la Muerte y su hermano el Sueño, y el Trabajo, y los malos Goces del alma. Vénse en el fondo la mortífera Guerra, los férreos tálamos de las Euménides y la insensata Discordia, ceñida de sangrientas infulas la serpentina cabellera.

«En el centro despliega sus añosas ramas un inmenso olmo, y es fama que allí habitan los vanos Sueños, adheridos á cada una de sus hojas. Moran además en aquellas puertas otras muchas monstruosas fieras, los Centauros, los biformes Scilas y Briareo el de los cien brazos, y la Hidra de Lerna con su espantoso silbido, y la flamígera Quimera, las Gorgonas, las Arpías y aquella alma que animó tres cuerpos. Herido en esto de súbito terror, requiere Eneas la espada y presenta la punta á cuanto se le acerca, y si su compañera, conocedora de aquellos sitios, no le advirtiese que aquellas formas que veía revolotear en torno eran vanos fantasmas, cerraría con ellas, esgrimiendo inútilmente su espada en el vacío.

«De allí arranca el camino que conduce á las olas del tartáreo Aqueronte, vasto y cenagoso abismo que perpétuamente hierve y arroja todas sus arenas en el Cocito. Guarda aquellas aguas y aquellos ríos el horrible barquero Caronte, cuya suciedad espanta; sobre el pecho cáele luenga, blanca y desaliñada barba, sus ojos despiden llamas; una sórdida capa cuelga de sus hombros, prendida con un nudo; él mismo maneja su negra barca con largo bichero, dispone las velas, y transporta en ella los muertos, viejo ya, pero verde y recio en su vejez, cual corresponde á un dios. Toda la turba de las sombras, por allí difundida, se precipitaba á la orilla: madres y esposos, héroes magnánimos, mancebos, doncellas, sombras numerosas como las hojas que caen en las selvas á los primeros frios del otoño, ó como las bandadas de aves que, cruzando el profundo mar, se dirigen á la tierra cuando el invierno las impele en busca de más calurosas regiones. Apiñados en la orilla todos piden pasar los primeros y tienden con afan las manos á la opuesta márgen; pero el adusto barquero toma indistintamente ya á unos, ya á otros, y rechaza á los demas, alejándolos de la playa. Sorprendido y turbado en vista de aquel tumulto, preguntó Eneas:

«—Dime ¡oh vírgen! ¿qué significa esa afluencia junto al rio? ¿Qué piden esas almas? ¿A qué se debe que unas hayan de apartarse de la orilla y surquen otras la lívida corriente?—Viendo estás, hijo de Anquises, respóndele la anciana sacerdotisa, las profundas aguas del Cocito y de la laguna Estigia, por la cual los mismos dioses temen jurar en vano. Esa turba que tienes delante es la de los miserables que yacen insepultos, ese barquero es Caronte, esos á quienes se lleva los que han sido enterrados, pues no le es permitido trasportar á ninguno á las horrendas orillas ántes que sus huesos hayan descansado en sepultura. Cien años tienen que revolotear errantes al rededor de estas playas; admitidos por fin entónces logran cruzar las deseadas ondas.—Detiénese el hijo de Anquises triste y pensativo y movido á piedad por aquel cruel destino. Allí vé, entre los infelices privados de supultura, á Leucaspis y Oronte, capitan de la escuadra licia, á los que anegó el austro juntamente con sus galeras, viniendo con él de Troya por los borrascosos mares.

«En esto descubre al piloto Palinuro que en su reciente travesía por el mar de Libia, miéntras iba observando los astros, cayó de la popa en medio de las olas, y apénas hubo reconocido al desdichado en las densas tinieblas, díjole así:—¿Cuál dios ¡oh Palinuro! te arrebató de entre nosotros y te precipitó en el piélago? Dímelo pronto, porque Apolo, que ántes nunca me había engañado, vaticinóme que cruzarías seguro la mar y llegarías á las playas ausonias. ¿Es esa, di, la fé prometida?—No, respondió Palinuro, no te engañó el oráculo de Febo ¡oh caudillo hijo de Anquises! no me sepultó un dios en el mar. Arrancado por acaso con gran violencia el timon que me habías confiado y que tenía yo asido, me arrastró en su caida, y te juro por los terribles mares que no temí tanto por mí cuanto por que tu nave, perdido el timon y privada de piloto, no pudiese resistir el empuje de las terribles olas. Tres borrascosas noches me arrastró el violento noto por los inmensos mares; hasta el cuarto dia no divisé á Italia desde la altura á que me levantó fuerte oleada. Poco á poco llegué nadando á tierra, y ya estaba en salvo, cuando unos hombres crueles, considerándome por engaño presa de valía, me acometieron con espadas en el momento en que, bajo el peso de mis ropas mojadas, pugnaba por asirme con las uñas á una áspera roca; juguete del viento y del mar mi cuerpo yace ahora en la playa. Por la deleitosa luz del

cielo y por las auras te lo suplico; por tu padre y por el niño Iulo, tu esperanza, libértame ¡oh héroe invicto! de estas miserias. O bien, pues está en tu mano, da sepultura á mi cuerpo, que encontrarás en el puerto de Velia; ó bien, si es posible, si tu divina madre te sugiere algun medio para ello (pues no creo que sin especial favor de los dioses te prepares á surcar la terrible laguna Estigia), tiende la diestra á este infeliz y llévame contigo por esas aguas, para que en muerte á lo ménos descanse en plácida morada.

«Dijo, y al punto le habló así la Sibila:—¿De dónde te viene, ¡oh Palinuro! esta insensata aspiracion? ¿Tú, insepulto, habías de visitar las aguas estigias y el tremendo rio de las Euménides, y sin mandato de los dioses pasar á la opuesta orilla? Renuncia á la esperanza de torcer con tus ruegos el curso de los Hados, pero guarda en la memoria estas palabras, como consuelo en tu cruel desventura. Sabrás que todos los pueblos comarcanos, aterrados en vista de mil prodigios celestes, aplacaron tus manes depositando tus huesos bajo un túmulo, instituirán en él solemnes sacrificios, y aquel sitio conservará eternamente el nombre de Palinuro.—Estas palabras calmaron su afan y ahuyentaron un poco el dolor de su triste corazon, complacido por la idea de que un lugar de la tierra había de llevar su nombre.

»Prosiguen, pues, Eneas y la Sibila el comenzado camino y se acercan al rio, cuando el barquero, al verlos desde la laguna Estigia avanzar por el silencioso bosque encaminándose hacia la orilla, les ataja airado el paso con estas palabras:—Quien quiera que seas tú, que te encaminas armado hacia mi rio, díme á qué vienes y no pases de ahí. Esta es la mansion de las sombras, del Sueño y de la soporífera Noche; no me es permitido llevar á los vivos en mi barca, y á fé que no tengo motivos para congratularme de haber admitido en ella á Alcides, á Teseo y á Piritoo, aunque eran todos de divino linaje y de pujanza no vencida; el primero sujetó con sus manos el custodio del Tártaro y lo arrancó temblando del trono del mismo Rey; los otros quisieron robar de su tálamo á la esposa de Pluton.—No abrigamos nosotros tan insidiosos propósitos, contestó la sacerdotisa de Anfriso; serénate; esas armas no arguyen violencia, y puede en buen hora el gran Cerbero seguir en su caverna espantando las sombras con eterno ladrido y continuar la casta Proserpina en la mansion de su tio. El troyano Eneas, en piedad y armas insigne, baja á las profundas tinieblas del Erebo en busca de su padre. Si no te mueve tan piadoso intento acata por lo ménos este ramo.—Y sacó el que llevaba oculto bajo el manto, con lo que desvaneciose al punto el enojo de Caronte, quien, admirando el venerable don de la rama fatal, por él no vista hacía mucho tiempo, da vuelta á la cerúlea barca y se acerca á la orilla, procurando que hagan lugar las sombras que la ocupaban, al propio tiempo que recibe en ella al grande Eneas. Crugió la sutil barca bajo su peso, y rajada en parte empezó á hacer agua; mas al fin desembarcó felizmente en la opuesta orilla á la Sibila y al guerrero en un lodazal cubierto de un verde légamo.

»A poco de allí, el enorme Cerbero tendido en su cueva atruena aquellos sitios con los ladridos de su trifauce boca, y viendo la Sibila que se iban erizando las culebras de su cuello, tiróle una torta amasada con miel y adormideras, que él, abriendo sus tres bocas, con rabiosa hambre se tragó al punto, dejándose caer en seguida y llenando con su enorme mole toda la cueva. Al verle dormido Eneas siguió adelante y pasó rápidamente la ribera del rio que nadie cruza dos veces.

En esto empezaron á oirse voces y lloros de niños cuyas almas ocupaban aquellos primeros umbrales, niños arrebatados al pecho de sus madres y sumergidos por destino cruel en prematura muerte ántes de gozar la dulce vida. Junto á ellos están los condenados á muerte por sentencia injusta... Cerca de allí están los desdichados que vencidos de la desesperacion y aborreciendo la claridad del dia se quitaron la vida con su propia mano. ¡Ah! ¡cuánto darían ahora por arrostrar en la tierra pobreza y duros afanes! Pero los Hados no lo consienten y las tristes aguas de la laguna Estigia con sus nueve revueltas, los enlazan y sujetan á aquel odioso pantano. A poca distancia se extienden en todas direcciones los llamados Campos de lágrimas *(Campi lugentes)*, donde secretas veredas circuidas por una selva de mirtos ocultan á los que consumió en vida el fiero amor sin olvidar áun en la muerte sus aflicciones. En aquellos sitios vé Eneas á Fedra, á Procris y á la triste Erifile enseñando las heridas que le hiciera su despiadado hijo, y á Evadne y á Pasifae, á las que acompañan Laodamia y Ceneo, mancebo en otro tiempo y ahora mujer, restituida por el hado á su primitiva forma.

»Entre ellas vagaba por la vasta selva la fenicia Dido, abierta aún en su pecho la sangrienta herida; apénas el héroe troyano llegó junto á ella y la reconoció entre la sombra oscura, cual vemos ó creemos ver á la luna nueva alzarse entre nubes, rompió á llorar, y así le dijo con amoroso acento:—¡Oh desventurada Dido! ¡con que fué verdad la nueva de tu desastre y tú misma te traspasaste el pecho con la espada! ¿Y fuí yo ¡oh dolor! causa de tu muerte? Juro por los astros, por los númenes celestiales y por los del Averno que muy á pesar mio dejé ¡oh diosa! tus riberas. La voluntad de los dioses, que ahora me obliga á penetrar por estas sombras y á recorrer estos sitios, llenos de horror y de profunda noche, me obligó á abandonarte sin que nunca pudiese imaginar que mi partida te causase tan acerba pena. Deten el paso y no te sustraigas á mi vista. ¿De quién huyes? ¡Esta es la postrera vez que me permiten los Hados hablarte!—Con estas palabras entrecortadas por sollozos procuraba Eneas aplacar la irri-

tada sombra, que vuelto el rostro, fijos en el suelo los torvos ojos, no se mostraba más conmovida por ellas que si fuera duro pedernal ó mármol de Marpesia. Aléjase al fin con precipitado paso, é indignada se refugia en un sombrío bosquecillo donde su antiguo esposo Siqueo es objeto de su ternura y corresponde á ella. Eneas, empero, traspasado de dolor á la vista de tan cruel desventura, la sigue largo tiempo compadecido y lloroso.

«Continúa luego su camino, y llega á los últimos campos, apartado lugar donde moran los manes de los ilustres guerreros. Allí le salen al paso Tideo, el ínclito Partenopeo y la sombra del pálido Adrasto; allí los Troyanos muertos en la guerra, muy llorados entre los hombres, larga hilera que no pudo contemplar sin lágrimas, y en la que estaban Glauco, Medonte, Tersíloco, los tres hijos de Antenor, Polifetes, consagrado á Céres, é Ideo, armado todavía y todavía manejando su carro. Todas aquellas sombras se apiñan á ámbos lados de Eneas y no bastándoles con verle una vez quieren detenerle, ir con él y saber las causas de su venida. Los caudillos griegos, las falanges de Agamenon, en cuanto divisaron entre las sombras al héroe y sus brillantes armas, empezaron á temblar y unos huyeron á ejemplo de la sangrienta jornada en que corrieron á refugiarse en sus naves, y otros quisieron gritar, aunque en vano; de sus abiertas bocas únicamente salía tenue y apagado acento.

»Allí vió Eneas á Deifobo, hijo de Príamo, llagado todo el cuerpo, cruelmente mutiladas la cara y ámbas manos, arrancadas las orejas de las destrozadas sienes y cortada la nariz por infame herida. Apénas reconoció al infeliz que, trémulo y avergonzado, procuraba ocultar las señales de su horrible suplicio, llegóse á hablarle y así le dijo con amistoso acento:—Valeroso Deifobo, descendiente del ilustre linaje de Teucro, ¿quién con tanta crueldad te trató? ¿quién fué tan feroz contigo? Supe que en la última noche de Troya, despues de haber hecho gran matanza de Griegos, caiste rendido sobre un monton de cadáveres; entónces yo mismo te erigí un cenotafio en la playa Retea, y por tres veces invoqué con alta voz tus manes; allí están tus armas con tu nombre; pero á tí ¡oh amigo! no pude verte ni sepultarte, al partir, en la tierra patria.—A esto respondió el hijo de Príamo:—Nada ¡oh Eneas! dejaste por hacer; todos tus deberes cumpliste para con Deifobo y sus tristes manes. Mi destino fatal y el funesto crímen de Lacedemonia me precipitaron en este abismo de infortunio. Bien te acuerdas (forzoso es recordarlo) de la engañosa alegría en que pasamos la última noche, cuando el fatal caballo penetró por las murallas de Troya preñado de armados campeones. Aquella indigna esposa mia con fingido contento, guiaba en derredor la danza de las jóvenes troyanas; celebrando orgías y llevando en la mano una gran tea encendida daba con ella la señal á los Griegos desde lo alto de la fortaleza. Vencido yo entónces del sueño y de tantos afanes, tendíme en mi infausto tálamo, y ya comenzaba á gozar de grato y profundo reposo muy parecido á plácida muerte, cuando mi esposa, despues de sacar de mi casa todas las armas y de quitar de la cabecera mi leal espada, abrió las puertas á Menelao y le introdujo en mi estancia, creyendo sin duda prestar gran servicio á su primer esposo y borrar así la memoria de sus antiguas maldades. Arrójase la turba sobre mi lecho; con ella venía el nieto de Eolo, instigador siempre de crímenes. ¡Oh dioses! si me es lícito implorar vuestra venganza, renovad en los Griegos aquellos horrores. Pero tú, díme á tu vez qué aventura te trae aquí en vida. ¿Vienes impulsado por el vaiven de las olas ó por mandato de los dioses, ó cuál destino te acosa para que hayas descendido á estas sombrías regiones nunca alumbradas por el sol?

»Durante estas pláticas ya la aurora con su rosada cuádriga había traspuesto la mitad del espacio celeste en su etérea carrera, y acaso hubiera el héroe consumido en ellas todo el tiempo que le estaba concedido, si su compañera la Sibila no se lo hubiera advertido en estos términos:—La noche se nos viene encima, Eneas, y no conviene emplear las horas en llanto. Este es el sitio en que el camino se divide en dos partes: la de la derecha, que guía al palacio del poderoso Pluton, es la senda que nos llevará á los Campos Eliseos; la de la izquierda conduce al impío Tártaro, donde los manes sufren su castigo.—A lo cual respondió Deifobo:—No te enojes, gran sacerdotisa; ya me retiro, ya voy á reunirme con las otras sombras y á sepultarme de nuevo en las tinieblas. Ve ¡oh gloria y prez de los Troyanos! á gozar más feliz destino que el mio.—Dijo y se alejó.

»Vuélvese entónces Eneas y al pié de una peña que se levanta al izquierdo lado vé una gran fortaleza rodeada de triple muralla que el rápido Flegetonte, rio del Tártaro, circunda de ardientes llamas, arrastrando en su corriente resonantes peñas; en frente hay una puerta enorme con jambas de tan duro acero que ninguna fuerza humana, ni áun la espada de los mismos dioses, podría derribarlas. Una torre de hierro se alza en los aires. Sentada Tisifone, ceñida de su manto de color de púrpura, despierta dia y noche, guarda el vestíbulo, desde el que se oyen de continuo gemidos y azotes y ruido de cadenas arrastrando y el rechinar del hierro. Detúvose Eneas despavorido, y se puso á escuchar con atencion profunda.—¿Qué clase de crímenes se castigan aquí? preguntó. Díme ¡oh vírgen! ¿qué tormentos son éstos? ¿Quién exhala esos sollozos lastimeros?—Inclito caudillo de los Teucros, dijo la profetisa; á justo alguno le es lícito penetrar en ese antro do se castigan los crímenes; pero cuando Hecate me destinó á la custodia de los bosques infernales ella misma me declaró los castigos que imponen los dioses y me condujo por todos estos sitios. El cretense Radamanto ejerce aquí durísimo imperio, indaga y castiga los fraudes, y obliga á los hombres á confesar las culpas cometidas, que vanamente se empeñaban en guardar secretas, fiando su expiacion al tardío instante de la muerte. Al punto de pronunciada la sentencia, la vengadora Tisifone, armada de punzante látigo, azota y maltrata á los culpados, y presentándoles con la mano izquierda sus fieras serpientes, llama á la turba cruel de sus hermanas.

»Ábrense en aquel entónces las sagradas puertas, rechinando en sus goznes con horrible estruendo, y la Sibila continuó:—¿Ves al feroz centinela sentado en el vestíbulo? Horrible figura guarda esos umbrales, y sin embargo tiene dentro su morada una hidra aún más horrible, con sus cincuenta negras fauces siempre abiertas; luego se abre el Tártaro, precipicio espantoso que profundiza debajo de las sombras el doble de lo que sobre la tierra se levanta el etéreo Olimpo. En lo más hondo de aquel abismo ruedan precipitados por el rayo los Titanes, antiguo linaje de la tierra; allí ví á los dos hijos de Aloco, enormes gigantes que intentaron quebrantar con sus manos el inmenso cielo y precipitar á Júpiter de su excelso trono; ví tambien á Salmoneo padeciendo horribles castigos en pena de haber querido imitar las centellas de Júpiter y los truenos del Olimpo. En su carro de cuatro caballos iba ufano blandiendo una tea por los pueblos de Grecia y cruzaba su ciudad de Elix reclamando para sí los honores debidos á los dioses, é, insensato, creía simular con el bronce batido por los cascos de sus caballos el crujido de las tempestades y del inimitable rayo. Airado el padre omnipotente, disparóle entre densas nubes un dardo y le precipitó en el profundo abismo. Ví tambien á Ticio, hijo de la Tierra, que produce todos los séres, cuyo cuerpo tendido ocupa siete yugadas enteras; un enorme buitre mora en lo hondo de su pecho, y con su corvo pico le roe y le devora el hígado y las entrañas, que nunca mueren y renacen de continuo para padecer sin momento de tregua. ¿A qué hablar de los Lápites Ixion y Piritoo, sobre cuyas cabezas pende negro peñasco amagándoles siempre con su caida? Tienen delante mullidos lechos de doradas colunas y festines dispuestos con regia magnificencia; pero la principal de las Furias vela tendida á su lado, y en cuanto intentan llevar la mano á la mesa se levanta blandiendo su tea y se lo impide con tonantes voces. Allí habitan los que en vida aborrecieron á sus hermanos, hirieron á su padre ó vendieron el interes de su cliente; los que, numerosísima muchedumbre, atesoraron riquezas para ellos solos sin dar á los suyos una parte; los que perdieron la vida por adúlteros; los que promovieron impías guerras ó no temieron hacer traicion á sus señores; todos éstos, encerrados allí, aguardan su castigo. No intentes saber qué castigo es el suyo, cuál es su suerte, en qué miseria yacen hundidos; unos hacen rodar un gran peñasco, otros cuelgan amarrados á los radios de una rueda. El infeliz Teseo está sentado y lo estará eternamente, y Flegias, el más desgraciado de todos, amonesta á los demas y va clamando á voces entre las sombras:—¡Escarmentad con mi ejemplo; aprended con él á ser justos y á no despreciar á los dioses!—Este vendió por oro su patria, impúsole un tirano é hizo y deshizo leyes por su propio interes. Ese incestuoso profanó el lecho de su hija; todos osaron concebir grandes maldades y las llevaron á cabo. No, áun cuando tuviese cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro no podría expresar todas las formas de los crímenes ni decirte todos los nombres de sus castigos.

»Esto dijo la anciana sacerdotisa de Febo, y luego añadió:—Sigue adelante tu camino y no tardes en ofrecer á Proserpina el debido tributo. Aceleremos el paso; ya descubro las murallas forjadas en las fragnas de los Cíclopes, y veo las puertas del palacio de Pluton bajo esa bóveda que tenemos delante: allí nos está mandado de poner nuestra ofrenda.—Dice, y avanzando juntos por el tenebroso camino, atraviesan el espacio que los separa del alcázar y llegan á sus puertas. Eneas penetra en el primer recinto, y despues de rociarse el cuerpo con agua recien recogida suspende el áureo ramo en el dintel inmediato.

»Hecho esto y habiendo ya cumplido con la diosa, llegaron á los sitios risueños y á los amenos vergeles de los bosques afortunados, morada de la felicidad. Ya un aire más puro viste aquellos campos de brillante luz, ya aquellos sitios tienen su sol y sus estrellas. Los que en ellos habitan, unos ejercitan sus miembros en floridas praderas ó se divierten luchando en la dorada arena; otros danzan en coro y entonan rimados cánticos. Allí el sacerdote tracio, arrastrando largas vestiduras, acompaña sus versos con las siete cuerdas de su lira, que ora pulsa con los dedos, ora con el ebúrneo plectro. Allí está el antiguo linaje de Teucro, raza bellísima, héroes magnánimos, nacidos en mejores tiempos, Ilo, Asaraco y Dárdano, fundador de Troya. Asombrado Eneas, vé á lo léjos armas y carros vacíos, lanzas hincadas en tierra y caballos sueltos paciendo diseminados por las vegas; la aficion que aquellos guerreros tuvieron en vida á los carros y á las armas, su antiguo afan por criar lozanos corceles, persiste áun en ellos en el seno de la tierra. Luego vé á derecha é izquierda á otros comiendo tendidos sobre la hierba y entonando á coro jubilosos himnos en honor de Apolo en medio de fragante bosque de laureles, á donde viene á caer el caudaloso Eridano, difundiéndose de allí por toda la selva. Allí están los que recibieron heridas lidiando por la patria, los sacerdotes que tuvieron una vida casta, los vates piadosos que cantaron versos dignos de Febo, los que perfeccionaron la vida con las artes que inventaron y los que por sus méritos viven en la memoria de los hombres, llevando todos ceñidas las sienes de nevadas ínfulas.

»Ya en medio de ellos, la Sibila les habla así, diri-

giéndose más particularmente á Museo, á quien rodean los demas y parece capitanearlos á todos: —Decidme, almas bienaventuradas, y tú, virtuosísimo vate, ¿en qué region, en qué sitio mora Anquises? Por él venimos y por él hemos pasado los grandes rios del Erebo.—Ninguno tiene aquí morada fija, respondió Museo; habitamos en frondosos bosques, y unas veces andamos por los altos ribazos y otras por las márgenes de los arroyos; pero si tal es vuestro deseo, subid á este collado y os indicaré un camino para que podais encontrarle fácilmente.—Dijo, y echando á andar delante de ellos les mostró desde la altura risueña campiña, á la cual descendieron en seguida.

»Estaba entónces Anquises examinando con atencion unas almas encerradas en el fondo de frondoso valle, almas destinadas á ir á la tierra, en las que reconocía el futuro linaje de sus descendientes, su posteridad amada, y veía sus hados, su varia fortuna, sus hechos y proezas. Apénas vió á Eneas, que se dirigía á él cruzando el prado, tendióle entrambas manos, y bañadas de llanto las mejillas dijo: —Al fin has llegado superando tu probada piedad filial las dificultades del camino. Al fin me es dado contemplar tu rostro, hijo mio, y oir tu voz y como ántes hablarte.

»...Eneas, en tanto, vé en una cañada un apartado bosque lleno de gárrulas enramadas, plácido retiro, que baña el rio Leteo. Innumerables pueblos y naciones vagaban junto á sus aguas, como las abejas en los prados cuando durante el sereno estío se posan sobre las matizadas flores y apiñadas alrededor de las blancas azucenas llenan con su zumbido la campiña. Ignorante Eneas de lo que vé y estremecido por aquella súbita aparicion, pregunta de ella la causa, cuál es aquel dilatado rio y qué gentes son las que en tan gran multitud pueblan sus orillas. El padre Anquises le dice: —Esas almas, destinadas por el hado á animar otros cuerpos, están bebiendo en las tranquilas aguas del Leteo el completo olvido de lo pasado. Hace mucho tiempo que deseaba hablarte de ellas, hacértelas ver y enumerar delante de tí mi dilatada prole á fin de que conmigo te regocijes más y más por haber encontrado al fin la tierra de Italia.—¿Es creible ¡oh padre! que haya almas que vuelvan de aquí á la tierra y otra vez se encierren en cuerpos materiales? ¿Cómo pueden tener esos desgraciados tanto anhelo por ver otra vez la luz del dia?—Voy á decírtelo, hijo mio, para que cese tu asombro, repuso Anquises, y de esta suerte fuéle revelando cada cosa por su órden.

»—Desde el principio del mundo un sólo espíritu interior anima el cielo y la tierra, y las líquidas llanuras y el luciente globo de la luna, y el sol y las estrellas: difundido por los miembros mueve ese espíritu la materia y se mezcla al gran conjunto de todas las cosas; de aquí el linaje de los hombres y de los brutos de la tierra y las aves y todos los monstruos que cría el mar bajo la tersa superficie de sus aguas, y esas emanaciones del alma universal conservan su ígneo vigor y su celeste orígen miéntras no están cautivas en toscos cuerpos y no las embotan terrenas ligaduras y miembros destinados á morir; por eso temen y desean, padecen y gozan; por eso no ven la luz del cielo, encerradas en las tinieblas de oscura cárcel. Ni áun cuando en su último dia las abandona la vida desaparecen del todo las carnales miserias que necesariamente ha inoculado en ellas de maravillosa manera su larga union con el cuerpo. Por eso arrostran la prueba de los castigos y expían con suplicios las antiguas culpas. Unas suspendidas en el espacio están expuestas á los vanos vientos; otras lavan en el profundo abismo las manchas que las afean ó se purifican en el fuego. Todos los manes padecemos algun castigo, despues de lo cual se nos envía á los espaciosos y Elíseos Campos, feliz mansion que pocos alcanzamos, ya que no se llega hasta que larguísimo periodo, cumplido el órden de los tiempos, ha borrado las manchas inherentes al alma y la ha dejado reducida á su etérea esencia y al puro fuego de su primer orígen. Cumplido un periodo de mil años un dios las convoca á todas en gran muchedumbre junto al rio Leteo á fin de que tornen á la tierra olvidadas de lo pasado y renazca en ellas el deseo de volver nuevamente á habitar en humanos cuerpos.—Dicho esto, llevó á su hijo y á la Sibila hacia la bulliciosa multitud de las sombras, y subido á una altura desde donde podía verlas venir de frente en larga hilera y distinguir sus rostros, dijo:

»—Escúchame, pues voy ahora á decirte la gloria que aguarda en lo futuro á la prole de Dárdano, qué descendientes tendrémos en Italia para perpetuidad de nuestro nombre. Ese mancebo á quien ves apoyado en su fulgente lanza, ocupa por suerte el lugar más cercano á la vida, y es el primero que de nuestra sangre, mezclada con la sangre itálica, se levantará sobre la tierra; Silvio se llamará, nombre que le darán los Albanos, y será hijo póstumo tuyo, que ya en edad muy avanzada tendrás, fruto tardío, de tu esposa Lavinia, quien le criará en las selvas. Rey y padre de reyes, por él nuestro linaje dominará en Alba Lunga. A su lado está Procas, prez de la nacion troyana; síguenle Capis y Numitor y Silvio Eneas, quien llevará tu nombre y te igualará en valor si llega algun dia á reinar en Alba. ¡Qué mancebos! ¡Mira cuánta pujanza ostentan! De esos á cuyas sienes da sombra una corona de cívica encina, edificarán unos las ciudades de Nomento, Gabia y Fidenes; levantarán otros en los montes los alcázares Colatinos; Pometia, el castillo de Inno, Bola y Cora, así se llamarán algun dia las que son hoy tierras sin nombre. A su abuelo sucede Rómulo, hijo de Marte y de Ilia, de la sangre de Asaraco. ¿Ves esos dos penachos que sobre su cabeza se alzan y ese noble continente que en él ha impreso el mismo padre de los dioses? Has de saber, hijo mio, que bajo sus auspicios la soberbia Roma extenderá su imperio por todo el orbe y levantará su aliento

hasta el cielo. Siete colinas encerrará en su recinto esa ciudad, madre feliz de ínclitos varones; tal la diosa de Berecinto, coronada de torres, recorre en su carro las ciudades frígias, ufana por ser madre de los dioses, y abraza á cien descendientes, todos inmortales, todos moradores del excelso Olimpo. Vuelve aquí ahora los ojos y mira esa nacion; esos son tus Romanos; ese es César, esa toda la progenie de Iulo, que ha de salir bajo la extendida bóveda del cielo. Ese, ese será el héroe que tantas veces te fué prometido, César Augusto, del linaje de los dioses, que por segunda vez hará nacer los siglos de oro en el Lacio, en los campos do antiguamente reinó Saturno, y que llevará su imperio más allá de los Garamantas y los Indios, á regiones situadas más léjos de donde brillan los astros, fuera de los caminos del año y del sol, donde el celífero Atlas mantiene sobre sus hombros la esfera tachonada de lucientes estrellas. Y ahora, en la espectativa de su llegada, los reinos Caspios y la tierra Meótica oyen con terror los oráculos de los dioses, y se turban y estremecen las siete bocas del Nilo. Ni el mismo Alcides recorrió tantas tierras por más que asaetease á la cierva de los piés de

Fig. 484.—Apoteosis de Augusto y de su esposa Livia.

bronce, que pacificase las selvas del Erimanto é hiciese temblar con su arco al lago de Lerna; ni Baco, el vencedor, que por las altas cumbres de Nysa maneja con riendas de pámpanos los tigres que tiran de su carro... ¿Quién es aquel que se vé allá á lo léjos, coronado de oliva, llevando en la mano sagradas ofrendas? Reconozco la cabellera y blanca barba del rey que será el primero en dar leyes á Roma y que desde su humilde Cures y desde su pobre tierra pasará á regir un gran imperio. Le sucederá Tulo, que pondrá término á la paz de la patria y armará á sus pueblos, ya desacostumbrados de vencer. De cerca le sigue el arrogante Anco, que aún ahora busca con exceso el aura popular. ¿Quieres ver á los reyes Tarquinos, y el alma soberbia de Bruto vengador, y las restauradas haces? Ese será el primero que tomará la autoridad de cónsul y las terribles segures, y, padre, condenará al suplicio, en aras de la libertad, á sus hijos promovedores de nuevas guerras. ¡Infeliz! sea cual fuere el juicio que de ese acto haya de formar la posteridad, el amor de la patria y un inmenso deseo de gloria prevalecerán en su corazon. Mira tambien á lo léjos á los Decios, á los Drusos y al terrible Torcuato, armado de una segur, y á Camilo con las enseñas recobradas del enemigo. Esas dos almas que ves brillar con armas iguales, tan unidas ahora que las rodean las sombras de la noche, ¡ah! si llegan á alcanzar la luz de la

vida ¡cuántas guerras moverán entre sí, cuánto estrago! ¡Cuántas huestes armarán uno contra otro! El suegro bajará de las cumbres alpinas y de la peña de Monecó, y apoyarán al yerno los diversos pueblos de Oriente... Ese, vencedor de Corinto, subirá al alto Capitolio en carro triunfal ilustrado con la matanza de los Aqueos; ese debelará á Argos y á Micenas, patria de Agamenon, y al mismo hijo de Eaco, de la raza del omnipotente Aquiles, vengando así á sus abuelos troyanos y los profanados templos de Minerva. ¿Quién podría pasarte en silencio ¡oh gran Caton! y á tí, oh Cosso? ¿quién al linaje de los Gracos y á los dos Escipiones, rayos de la guerra, terror de la Livia, y á Fabricio, poderoso en su pobreza, y á tí ¡oh Serrano! que siembras tus surcos? Las fuerzas me faltan ¡oh Fabios! para seguiros en vuestra gloriosa carrera... Otros, en verdad, labrarán con más primor el animado bronce, sacarán del mármol vivas figuras, defenderán mejor las causas, medirán con el compas el curso del cielo y anunciarán la salida de los astros; tú ¡oh Romano! atiende á gobernar los

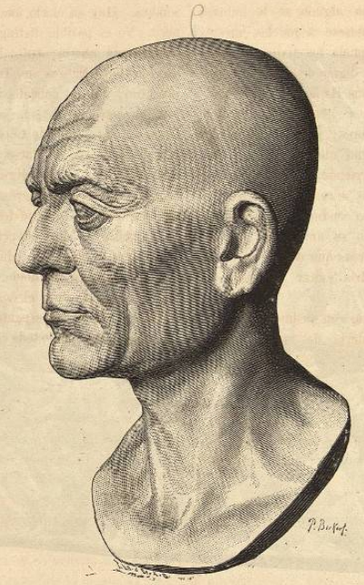

Fig. 485.—Escipion el Africano.

pueblos; esas serán tus artes, y tambien imponer condiciones de paz, perdonar á los vencidos y derribar á los soberbios.

tu regere imperio populos, Romane, memento;
hae tibi erunt artes; pacisque imponere morem;
parcere subiectis, et debellare superbos.

»Así habló el padre Anquises á Eneas y la Sibila que le escuchaban atónitos; luego añadió:—Mira como se adelanta Marcelo cargado de despojos ópimos, y como vencedor se levanta por encima de todos los héroes. Ese sostendrá algun dia la fortuna de Roma, comprometida en apretado trance; intrépido jinete arrollará á los Cartagineses y al rebelde Galo, y suspenderá en el templo de Quirino el tercer trofeo.—En esto Eneas, viendo junto al héroe á gallardo mancebo vestido de refulgentes armas, pero con la frente mustia, bajos los ojos é inclinado el rostro, preguntó:—¿Quién es ¡oh padre! ese que acompaña á Marcelo? ¿Es un hijo ó alguno de la alta estirpe de sus descendientes? ¡Cuál le rodean todos con obsequioso afan! ¡Cómo son uno á otro parecidos!—El padre Anquises, bañados de llanto los ojos, contestó:—No inquieras, hijo mio, lo que será ocasion de inmenso

dolor para los tuyos. Ese mancebo vivirá, pero los Hados no harán más que mostrarle por un momento á la tierra, pues la romana estirpe os parecería ¡oh dioses! demasiado poderosa si le otorgaseis semejante don. ¡Cuántos gemidos se exhalarán por él desde el Campo de Marte y la ilustre ciudad! ¡Qué funerales verás ¡oh Tíber! cuando pases por delante de su reciente sepultura! Ningun mancebo de la raza troyana levantará tan alto las esperanzas de la gente latina, ni la tierra de Rómulo jamas llegará á envanecerse tanto de ningun otro de sus hijos. ¡Oh piedad! ¡oh antigua fé! ¡oh diestra invicta en la guerra! Jamas contrario alguno se le hubiera opuesto impunemente ya arremetiese á pié las huestes enemigas, ya aguijase con la espuela los ijares de espumoso corcel... ¡Oh mancebo digno de eterno llanto! Si logras vencer el rigor de los Hados, tú serás Marcelo... Dadme lirios á manos llenas; dadme que esparza sobre él purpúreas flores; pague á lo ménos este tributo á los manes de mi nieto y ríndale este vano homenaje.—Así van recorriendo sucesivamente el espacio de los dilatados campos aéreos y examinándolo todo; y luégo que Anquises hubo conducido á su hijo por todos aquellos sitios é inflamado su ánimo con el deseo de futura gloria, contóle las guerras que estaba destinado á sustentar y de qué modo podría evitar y resistir los trabajos que le aguardaban...

»Prosiguiendo en sus pláticas con su hijo y la Sibila, despídeles Anquises por la puerta de marfil desde la cual toma Eneas derecho el camino hacia la armada y se reune con sus compañeros.» (Virgilio).

De las regiones infernales, de la mansion de las almas despues de esta vida no nos ha legado la antigüedad representacion ninguna por medio de la pintura; únicamente Pausanias ha dejado algunas noticias del cuadro que sobre este asunto pintó Polygnotes en la isla de Delfos. «En primer término, dice, vése el rio Aqueronte; en sus orillas crecen abundantes juncos, y en sus aguas se distinguen como figuras de peces, pero tan transparentes y ligeras que más que peces parecen su sombra. Hay en el rio una barca y en la barca un marinero. No es posible distinguir quien son los que traslada Caronte de una á otra ribera, limitándose el pintor á escribir los nombres de Tellis, arrebatado en su florida juventud, y de la doncella Cleoboe. Tiene ésta entre las rodillas una cestita semejante á las que era costumbre llevar en las fiestas de Céres, atribuyéndose á ella haber llevado de la isla de Paros á Thaso el culto y los misterios de Céres. En la márgen del rio, junto á la barca de Caronte, vése muy interesante escena; Polygnotes pintó allí el suplicio de un hijo desnaturalizado que había maltratado al autor de su existencia, y su pena en el otro mundo consiste en tener por verdugo á su propio padre, á cuyas manos perece estrangulado. Al lado del mal hijo está un impío enriquecido con el despojo de los templos; azotado y torturado, mira con espanto á una mujer que está preparando para su suplicio toda clase de venenos.» (Pausanias).

Espasa y Comp.ª editores.

PROMETEO ENCADENADO

Cuadro original de Enrique Serra.